



Participantes del taller
Maelström de Narrativa y Poesía:
de izq. a der., Luis Guerrero,
Isabel Matos, Sara Pacheco
y Raquel Díaz, invitada especial

■ TALLER MAELSTRÖM DE NARRATIVA Y POESÍA

Maelström, la revolución

Edgardo Malaver Lárez

Todos los años en que se ha ofrecido el Taller Maelström de Narrativa y Poesía de la Escuela de Idiomas Modernos —es decir, todos desde el 2005, excepto el 2011— los estudiantes y no estudiantes que se inscriben muestran un nivel de responsabilidad, creatividad y trabajo que me inspira respeto. Sin embargo, los muchachos de 2013 fueron hiperbólicos. Los de 2013 rompieron todos los récords. Los de 2013 me dejaron asombrado y me dejaron atrás.

Lo primero que sucedió, la primera sorpresa del año, fue que unos días antes del inicio, que siempre estuvo en veremos por la prolongada interrupción de actividades académicas entre febrero y abril, vino a inscribirse Luis Ignacio Guerrero, que hacía dos o tres años había pasado sin mucho éxito por mi curso de Lengua Española I precisamente porque su redacción había sido uniformemente deficiente, y que ahora, de repente, quería escribir cuentos y poemas. Ah, caramba, qué sorpresa, me dije.

Lo siguiente, la segunda sorpresa, fue que vino a inscribirse la profesora Isabel Matos, del Departamento de Inglés. No tenía idea de que Isabel, con quien mis charlas sobre literatura se limitaban a recitar “Rosalinda” (porque ambos, de pequeños, nos la habíamos aprendido de memoria), tuviera las viciosas inclinaciones que lo llevan a uno a la escritura. Pues, qué alegría, me dije en este caso.

Y hubo otra sorpresa: el día en que comenzamos el taller me encontré delante de una estudiante de Comunicación Social, una de Medicina, dos atletas y tres profesoras, una de ellas de la Escuela de Filosofía. ¡Dios mío!, esto va a ser una experiencia desafiante, dije para mis adentros.

Sin embargo, esas fueron sorpresas más bien medianas. La más hermosa, la que me hizo ratificar dentro de mí varias veces que la educación no paga nunca —y, qué fortuna, no puede pagar nunca— con dinero sino con satisfacciones espirituales, fue el empeño artístico y el cariño con que estos muchachos se ponían a trabajar de jueves a jueves... porque sé que, aparte del talento, que indudablemente tienen, lo que lograron nació del trabajo.

Nunca se puede incluir en una antología de este tipo todo lo que a uno le parece deseable publicar, pero no vale la pena explicar por qué. Es cuestión de espacio, nada más. Para no

demorarme mucho en presentarles los textos resultantes de Maelström 2013, me detendré un poco en lo que podríamos llamar la chispa que encendía aquella luz de todos los jueves en la Biblioteca Jean Catrysse. Cada uno de los textos que aparecen aquí proviene de ejercicios que hicimos en aquel taller. El primer ejercicio es siempre leer y discutir el artículo “Por qué escribo”, de George Orwell, y luego escribir, para la siguiente sesión, un texto en que cada quien explique las razones por las cuales le atrae la escritura. Todos los años esta actividad nos trae hermosas respuestas. De 2013, hemos escogido el magnífico texto de Luis Ignacio Guerrero, “¿Por qué no escribo?”, que parece decir lo contrario a lo que dice, y el mío propio, que por primera vez incluyo en *Eventos*.

Un día, intentando defender la idea de que los narradores necesitan prestar oído al ritmo de la poesía y que los poetas tienen mucho que buscar en la narrativa, repartí al principio de la sesión tres poemas: “La casada infiel”, de Federico García Lorca; “Rosalinda”, de Ernesto Luis Rodríguez, y el “Poema 20” de Pablo Neruda. La idea era que en la sesión siguiente cada quien trajera un cuento que comenzara con el verso inicial y terminara con el verso final de alguno de estos poemas. De este ejercicio salieron “Un poeta y su conciencia”, de Andreína Aranguren, quien se inspiró en Neruda, y “La empatada infiel”, de Sara Cecilia Pacheco, inspirada en García Lorca.

Otro día traje 12 recortes de periódico: 12 noticias de sucesos, y les dije a los muchachos: “Escriban la verdadera historia de estos reportajes”. Isabel Matos se presentó el jueves siguiente con “La situación”, y como que recuerdo haber mencionado mi sensación de que dentro de ese cuento había una novela.

El jueves que pasamos a la poesía, se metió un gato en la biblioteca, y nos llamó tanto la atención, que al final de la sesión, les pedí a los participantes que escribieran un texto poético sobre él. Kéiber Peroza y Sara Pacheco la semana siguiente nos leyeron poemas titulados “Gato” y “Al gato”, respectivamente. Y ese día descubrimos que Kéiber, a diferencia de lo que había pasado en las semanas anteriores, manifestaba en su poema una serenidad que se hacía dueña de las palabras y las iba dosificando habilidosamente al lector justo cuando este iba a desear leerlas, de modo que le recomendamos a nuestro atleta que se esforzara más en la poesía que en la narración.

Kéiber Peroza y Raquel Díaz escuchan atentos la lectura del texto de un participante del taller





Reunión del taller de escritura Maelström facilitado por el profesor Edgardo Malaver Lárez

Como nunca puede faltar, la remembranza de *Exilio*, el taller y revista literarios de la Escuela de Idiomas cuando vivíamos en San Bernardino —que inicialmente fueron la inspiración para abrir el Taller Maelström—, estuvo presente en Maelström 2013. Les traje a los jóvenes talleristas, para que se inspiraran, un texto escrito por una de los miembros de *Exilio* de aquellos años, Feffy Bermúdez: “Fábula en monosílabo y esdrújula”. No contiene este texto más que palabras de una sola sílaba y palabras que se acentúan en la antepenúltima. De este ejercicio proviene no solo “A término”, de Isabel Matos, sino además la conclusión de que el poema se fortalece en la medida en que el poeta es fiel a la forma que ha elegido y abre nuevas sendas dentro de ella.

Otro ejercicio tradicional en Maelström es pedirles a los estudiantes que escriban un poema en que se describa un incendio sin recurrir a la palabra *fuego*. Andreína Aranguren escribió, a partir de él, “Un simple carbón”, y Luisa Teresa Arenas, “Fogonazo otoñal”. El descubrimiento en este caso es que ante las limitaciones de cualquier tipo, el poeta siempre debe buscar otros recursos. ¡Y siempre hay!

En el 2014, hubo otra revolución. Para comenzar, conocí a varios estudiantes que no creo haber visto antes en la escuela y me dio gusto pensar que andan por ahí intereses comunes que se buscan y se encuentran... nos encontramos. Además de esto, por ejemplo, se inscribió en el taller mi amigo Julio César Carpio, lo cual significó llevar las conversaciones por caminos que no calculaba. Mi antiguo alumno de Traducción Literaria Óscar Gamboa, que parece haber regresado de Francia solo para participar en Maelström, pues al terminar, regresó para iniciar una maestría, también estuvo con nosotros.

Este año, el ejercicio con Orwell dio como resultado que Rossana Liendo compusiera, enmarañando, invirtiendo, trastocando las letras del título, el poema “ϱιδινϱεϱ”.

También eché mano de un ejercicio que en otros años ha resultado divertido: darles a los estudiantes cierto número de palabras elegidas al azar y pedirles que escriban un cuento en que aparezcan esas palabras. En esta ocasión, fueron 20, que fui tomando de un libro que alguien puso en la mesa ese día y que iba escogiendo al abrirlo en las páginas terminadas en 3: *hermético, Ivonne, vacío, Turquía, primordial, humano, diccionarios, riqueza, teatro, inteligencia, lenguaje, rango, enseñanza, afortunadamente, despejar, testigo, política, Buenos Aires, ministro, diario*. La semana siguiente Julio César Carpio y Josimar Jiménez nos leyeron “Desahogo” y “El despeñadero”, respectivamente. Juegue —y juzgue— usted buscando estas palabras en los textos mientras observa cómo se arma una historia diferente con las mismas palabras.

Después de ese día, el propio Carpio nos propuso un “cadáver exquisito” narrativo: escribió un párrafo inicial de un cuento sobre Adolfo Hitler y Joseph Goebbels, que había que continuar y darle un final adecuado. Varios nos animamos a concluir el cuento, lo cual produjo varios arranques de risa en aquella sesión. Hemos seleccionado para esta sección el de Luisa Teresa Arenas, “Goebbels”, y el mío, “¡Heil, Führer!”, que no pasó con facilidad el escrutinio de mis jóvenes examinadores.

En poesía, el taller de 2014 fue bastante fructífero. Por ejemplo, el ejercicio con la palabra *fuego* nos produjo el poema “Desesperación que el viento aviva”, de Elena Lizcano. Del ejercicio en que cada quien tiene que escribirse una carta a sí mismo, escogimos el único poema que no tiene título, de Josimar Jiménez. “Pezón”, de Rossana Liendo, proviene de una actividad

en que repartí fotos de personajes reales o ficticios en situaciones curiosas para pedirles a los participantes que les pusieran sus palabras. Rossana trabajó con aquella imagen en que Jayne Mansfield aparece en una fiesta muy elegante mostrando casi totalmente descubiertos los senos muy cerca del rostro asombrado (y con gesto de desagrado) de Sophia Loren.

Maelström, entonces, se ha convertido en una revolución. Últimamente es muy prolífico, se ha vuelto muy disciplinado, hace a menudo nuevos descubrimientos. Es una revolución que ya ha llegado a su décimo aniversario, como *Eventos*, con el cual ha recorrido el mismo camino y en cuyas páginas ha crecido y se ha propagado. Ha hecho cada vez el descenso que narra Edgar Allan Poe, su santo patrono, y ha regresado a la orilla, sano y salvo, para contarlo. Ha sido una revolución silenciosa, como debe ser, pero sin actos heroicos ni abiertas irreverencias, va alcanzado sus fines, que serán duraderos.

Y de todo eso, como dicen los franceses, me felicito, es decir, me siento feliz.

emalaver@gmail.com

ETIQUETA: Reseñas de eventos y concursos

Fábula en monosílabo y esdrújula

Feffy Bermúdez

Amáronse sin límites ni cánones entregándose a fantásticos estímulos. Sin preámbulos hipócritas, hicieron cómplices, amándose con cálidos y ávidos ósculos. Y dábanse, recíprocos, sus más íntimas células tras los párpados herméticos. Cartílago y sílice, sólido y líquido, máximo y mínimo, frenético y lánguido en órbitas concéntricas. Dos jóvenes águilas ígneas elevándose en los cráteres de lo sórdido a las cúspides de lo magnífico. Fe sin límites. Próximos y trémulos, eufóricos de místicos cánticos, reíanse de las monótonas y anónimas máquinas del cálculo y sentíanse en el pináculo del éxtasis.

Mas preparábalas el fatídico péndulo difíciles exámenes. Los demagógicos intérpretes del oráculo reuniéronse en pérfido conciliábulo condenándoles con lúgubres dictámenes por ser auténticos e indómitos, etéreos y sin mácula. Odiábanles por ser dos ángeles agnósticos besándose sin título ni párroco. “Lo erótico es diabólico”, “Lo romántico es frívolo”, decíanse en sus pláticas. Y en sus áridos y gélidos ventrículos, maquinábase la fórmula diabólica, el satánico plan de los necrófagos. La cólera de los célibes parásitos por el íntimo júbilo de los tácitos cónyuges.

Prófugos del decrepito régimen, refugiáronse en recóndito ámbito. Amándose cual lo hicieron al sol, burlándose de los insípidos dogmáticos y de sus inútiles obstáculos. Mas efímera fue la mágica época pues ávidos de retórica y antagónicos a la lógica, siguiéronles los pútridos apóstoles, gárgolas sórdidas, fanáticos del gris, antítesis de la luz. Hallándoles con hábiles tácticas, condenáronles las célibes víboras con categóricas sílabas, cobrándoles en médula y espíritu sus “sacrílegas cábalas físicas” y “crímenes al santísimo código”.

En sádico espectáculo robáronles el olímpico hálito y cubriéndoles con lívidas sábanas sepultáronles tras níveas y anónimas lápidas, sin pésames ni lágrimas. Más escapábalas —ignorábanlo tal vez— el vástago prístino, el príncipe primogénito del indómito género, símbolo áureo de la luz sin mácula. Tras sórdidos epítetos, ocúltanse hoy los históricos párrafos de la patética fábula, mas tras el anónimo e incógnito héroe, que es mítico sinónimo de sus fúlgidos artífices, paséase, en cálidas ráfagas empíreas, el hálito inequívoco del más altísimo ser. Y es que en la máxima báscula de las ánimas cotízanse los espíritus de límpidos orígenes más que las vírgenes hipócritas o los títulos inútiles de los bárbaros fanáticos.